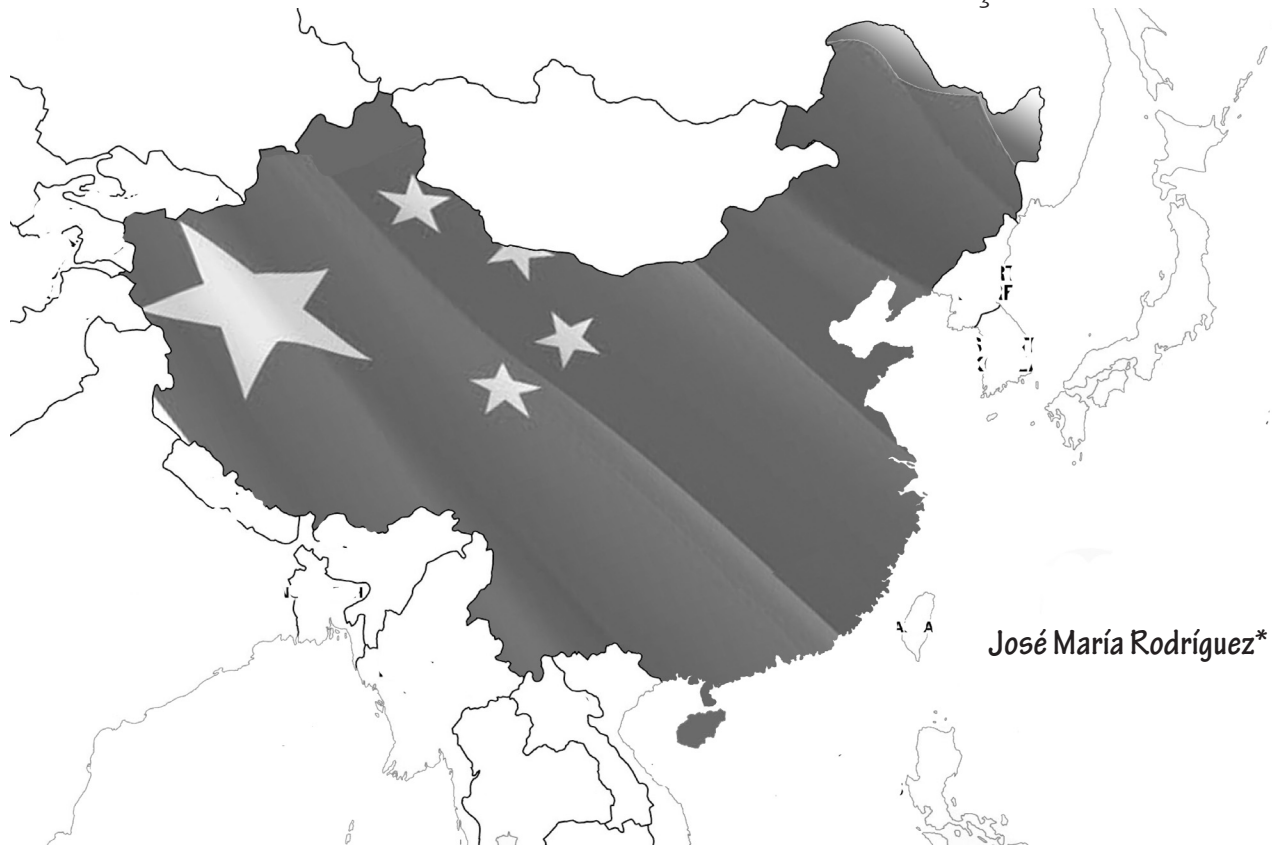


## CRITICA A EL FINAL DE UN CICLO DE FRANÇOIS CHESNAIS



José María Rodríguez\*

Para empezar y para respetar el orden cronológico de los planteamientos de Chesnais, antes de entrar en su libro en cuestión, me gustaría reproducir y comentar unos párrafos significativos de una entrevista que le hizo la revista *El Aromo de Argentina* en noviembre de 2006, un año antes de escribir su libro: CHESNAIS, François, *China es la base del capitalismo mundial* (Noviembre 2006)<sup>1</sup>

Hoy, los EE.UU: están en una situación endeble. Detrás de las apariencias de unilateralismo, la administración Bush demostró que su acción individual, o junto con el Reino Unido, no es suficiente. El tipo de respuesta que les han dado les ha dejado un caos político más grande que al principio. Entonces en este cuadro, aparece la burocracia de estado china en proceso de transformación capitalista, en su vinculación política y social se convierte en la única base de estabilidad del orden mundial

Pregunta: ¿China es entonces la que sostiene el capitalismo mundial?

China ofrece al capitalismo mundial su último gran mercado y le ofrece esta base social de un proletariado muy numeroso, bien formado tecnológicamente y extraordinariamente disciplinado y sumiso. Sumisión que se apoya en la existencia de un gran ejército industrial de reserva como colchón. De cierta manera, podemos decir, que el futuro de la lucha de

clases mundial hoy está condicionado por los ritmos y las formas de lucha de la resistencia del proletariado chino a la explotación y a la capacidad que pueda mostrar para organizarse y combatir a la burocracia del Estado.

Claramente Chesnais define a China como un estado burocrático en proceso de transformación capitalista que ofrece al capitalismo mundial sus trabajadores sumisos. Las razones de tal definición no se exponen, pero no es difícil entender que Chesnais, al igual que otros muchos, ha llegado a esa conclusión debido a que en China a partir del proceso de reforma y apertura se desarrolla un sector privado en la economía y se potencia la inversión extranjera al lado de la columna vertebral de la economía estatal socialista con el objetivo de liquidar los vestigios del feudalismo.

Posteriormente, Chesnais, a diferencia de la mayoría de obreros de la construcción españoles que cuando hablábamos del ritmo de la construcción y del precio de los pisos teníamos claro entonces que «esto va a petar», negaba la evidencia de la crisis de las que ya había múltiples indicios:

Chesnais:... desarrolla ahora un análisis que se centra en la producción y ya no en las finanzas. El eje de su planteo es que China tiene la capacidad, por

\* Militante de Unión del Pueblo Trabajador



su alto grado de explotación del trabajo, de sostener la economía mundial y que por lo tanto no hay una crisis en el corto plazo.

El motivo de por qué Chesnais, un año antes del crack cuando ya había unos indicios tangibles, no ve riesgo de crisis es debido a la concepción errónea que él tiene de China como país capitalista semicolonial al servicio del imperialismo USA. Chesnais ni siquiera concede a China un carácter de país independiente en la medida que entiende las inversiones extranjeras en China y la compra de bonos del tesoro USA como un vínculo de clase común entre China y USA, el cual evitará la crisis imperialista.

Chesnais indica los motivos de por qué el imperialismo estadounidense mantiene lo que él llama, sorprendentemente, una «política conciliadora» respecto a China.

La situación de transformación de inmuebles a activos financieros que ya vimos en 1990, permite nuevos circuitos de endeudamiento. Todo eso muestra una extrema artificialidad. Es la expresión de un sistema que puede sobrevivir. Los capitalistas, los más concentrados, le prestan atención al conflicto social en China. Hay observatorios, hay estadísticas producidas. Son conscientes que toda desestabilización por la lucha de clases (en China) afectaría rápidamente en forma brutal al capitalismo mundial.

Pregunta del periodista:

En su descripción parece que la expansión del capital ficticio no implica que se avance hacia un crack.

Chesnais: Ciertas condiciones para un crack existen, hay mucha gente que plantea que va a haber una caída del mercado inmobiliario. Pero para que eso se transforme en una crisis financiera mayor tendría que expandirse de inmediato al mercado de acciones. Por el momento, las ganancias de las empresas son en gran parte ganancias realizadas en China. Entonces, China limita la posibilidad de transmisión de un crack o un semi-crack del mercado inmobiliario al mercado de acciones... Toda esta relación con China, explica la política de los EE.UU. para con Asia. Deja que China solucione sola el conflicto con Corea del Norte, hizo una excepción a India sobre su armamento nuclear. Esta dependencia financiera y económica tiene por consecuencia una política extranjera muy conciliadora y prudente hacia Asia (China). Esa es la explicación por lo cual no suena razonable un crack financiero en los EE.UU. Me puedo equivocar, pero mi apreciación es que esta combinación EE.UU-Asia (China) es sólida.

Chesnais ve a USA y China como si fueran regiones del mismo país capitalista con un gobierno común que toma medidas para frenar los conflictos sociales en China para salvaguardar la estabilidad social en China e impedir el crack o «semi-crack» en el mundo capitalista.

Chesnais habla de «una política extranjera muy conciliadora y prudente hacia Asia» (se refiere a China evidentemente). Desde luego no es conciliación la constante manipulación por parte de la dictadura omnímoda de los medios de comunicación occidentales que distorsionan la realidad china, ocultando todo lo positivo y resaltando y amplificando todo lo negativo.

El imperialismo USA-Europa ha potenciado hasta el límite la subversión interior en China, con cuantiosos medios y de manera permanente con ejemplos notorios:

El apoyo al incidente contrarrevolucionario en la Plaza de Tiananmen de 1989 en la que los partidarios del sistema imperialista en China erigieron un duplicado de la estatua prototipo del imperio USA, con el nombre de la Diosa de la Libertad y en la que provocaron previamente el asesinato de más de un centenar de soldados desarmados hasta hacer inevitable la intervención armada del ejército chino. Aún hoy cada año, la dictadura de los medios de manipulación occidentales insisten en propagar ampliamente entre sus súbditos la versión imperialista y falsa de los hechos, aprovechando para repetir la cantinela de los «derechos humanos» imperialista.

Los apoyos explícitos a la subversión violenta y pacífica en Tibet desde 1950 que tuvo su última edición en el *program* terrorista de marzo 2008 contra la población civil por parte de los monjes del Dalai financiados y armados por USA.

La posterior agit-pro en todas las televisiones del mundo occidental pidiendo un boicot imposible a las Olimpiadas, pero que les sirvió para movilizar a parte importante de la opinión pública en los países occidentales contra China, incluidos partidos de «izquierda» y de «extrema izquierda» pro monopolistas, cuyo ejemplo más denigrante fue el intento de arrancar la antorcha olímpica a una minusválida en París por parte de «ONG» y «verdes» imperialistas.

El apoyo explícito a la dirigente separatista de Xinjiang potenciando un nuevo *program* étnico causante de más de un centenar de asesinatos.

La constante venta de armas de última generación a Taiwan en contra de los acuerdos establecidos en los comunicados conjuntos junto con el intento fracasado por ahora de potenciar la independencia de Taiwan mediante un partido político pro-estadounidense.

El proteccionismo comercial USA contra China que se agudiza cada año que pasa y la colocación de tasas de hasta un 40% a cada vez más productos chinos, importados desde China.

A estos intentos y maniobras permanentes habría que añadir el espionaje y soborno continuo de USA a través de diplomáticos, periodistas, empresas, entidades y fundaciones, etc.

Toda esta actividad y más aún de acciones de guerra camufladas, de las que existen indicios suficientes pero no pruebas concluyentes, forman el panorama de la llamada «guerra asimétrica» contra China. Guerra asimétrica que contiene múltiples tipos de formas y contenidos en todos los terrenos prácticos y teóricos, no sometidos a norma internacional alguna y en el que participan de una u otra manera hoy, decenas de miles de personas especializadas en todos los frentes y en todo el mundo bajo la dirección exclusiva de los servicios secretos estadounidenses. El objetivo claro de todas esas acciones es evidente en todo momento: subvertir y atacar hasta debilitar en su cohesión a la nación china para conseguir la destrucción del estado socialista y la restauración capitalista.

Que USA emplee toda esta actividad permanente para subvertir el estado chino es bastante contradictorio con la consideración de China como país del mismo carácter que USA capitalista. Que Chesnais silencie esta actividad intervencionista de USA respecto a China para concluir que su actitud es «conciliadora» es simplemente escandaloso.

En resumen, en la entrevista de noviembre de 2006, Chesnais fracasa en todas las predicciones al considerar erróneamente a China y USA como un todo, menospreciando la capacidad de actuación independiente de un estado socialista como China que ante el peligro, del que son conscientes, de la posible reducción de las exportaciones por una crisis imperialista, en esa época finales de 2006, ya lleva años impulsando la demanda interna y trasladando el centro de desarrollo al Oeste del país.

Chesnais tampoco hace ninguna alusión en esa entrevista (ni lo hará luego) al ejemplar comportamiento del estado socialista chino que en la crisis asiática (1997) creada por los especuladores financieros estadounidenses capitaneados por el magnate Soros, mantiene firme el timón de la economía china y la estabilidad de su moneda. De hecho la crisis asiática fue otro ataque dirigido contra China para contenerla, pero sólo consiguió debilitar a los «tigres asiáticos» con los que el imperialismo intentaba cercar la independencia económica de China. De hecho el fracaso del partido pro USA de Taiwan tuvo su origen en la crisis asiática que debilitó las posibilidades de un camino independiente al margen de la República Popular que, al contrario que Taiwan, no paró de crecer y fortalecerse.

Vayamos ahora a los aspectos que considero más significativos del libro *El final de un ciclo*.

Lo primero que hay que decir, que un año después de mantener que no habrá crisis, ante la evidencia de todo lo contrario, Chesnais, no hace ningún tipo de autocrítica. No sólo eso, sino que a pesar de las evidencias, continúa negando a China otro papel que no sea el de salvavidas del capitalismo mundial.

Dice Chesnais en *El fin de un ciclo. Alcance y rumbo de la crisis financiera*<sup>2</sup> escrito a comienzos de 2008:

El capitalismo mundial tuvo las manos libres para responder a lo que pudo parecer en su momento una ruptura por medio de la revolución neoliberal o más exactamente neoconservadora. Con el beneficio de la distancia histórica y la destrucción (al menos parcial) de las anteojeras de aquella época, podemos ver ahora que su esfera de acción e influencia sobrepasó las fronteras de la dominación imperialista del momento. Las «reformas» de Margaret Thatcher tuvieron como contrapartida las de Deng Xiaoping en China, que comenzaron como las suyas en 1979–80 y pasaron desapercibidas para la izquierda mundial.

Pretender presentar como semejantes las reformas de Margaret Thatcher y las de Deng Xiaoping es una afirmación apriorística que no está basada en ningún hecho consistente. Chesnais no aporta ningún dato, ningún razonamiento para realizar dicha afirmación. Simplemente, Chesnais obvia el diferente carácter de clase del estado del Reino Unido y el de China y puesto que en ambos países se realizan reformas

las iguala. Ese simplismo mecanicista proviene de no realizar un análisis de clase al considerar que lo que se separe de ciertos dogmas inalterables en el tiempo y el espacio es burguesía y explicar tanto la URSS de Stalin como la China actual con el confuso concepto que nada explica de «burocracia».

Deng Xiaoping implanta unas reformas inevitables y creadoras, las que corresponden a «enderezar lo torcido» durante la etapa de la revolución cultural. Sus reformas corresponden a la comprensión proveniente de la práctica de que es imposible realizar un salto del feudalismo, propio de un país que ha salido recientemente de la Edad Media, al comunismo. Las etapas históricas no se pueden saltar y por ello determinadas formas capitalistas eran necesarias en un país como China. Marx expresa ese criterio en varias ocasiones y lo resume en su apreciación general de que el derecho burgués (y con él la ley del valor y la propiedad privada) desaparece en la etapa comunista, no en la socialista. Menos aún en la socialista primaria de China que es la actual fase en la que aún permanecen amplios vestigios del feudalismo no sólo en la superestructura sino también en medios de producción muy atrasados y en relaciones sociales en una amplia zona del oeste del país.

Deng Xiaoping también llegó a la comprensión de otro punto clave: las masas no asumen el socialismo, ni llegan al conocimiento mediante el adoctrinamiento teórico abstracto. Eso se demostró ampliamente en el derrumbe de los países socialistas del Este europeo. Y aquí hemos de volver nuevamente a Marx: cuando plantea la inevitable transformación revolucionaria de la sociedad mediante la dictadura del proletariado, Marx lo hace partiendo siempre de que llegado a un punto el capitalismo que antes había sido el artífice de los mayores desarrollos de la humanidad, no puede continuar el desarrollo de las fuerzas productivas y ello es lo que crea la necesidad del cambio social último que propiciará el final de las clases y con él la verdadera Época de la Humanidad con un desarrollo enorme, impensable bajo el capitalismo, de las fuerzas productivas y de la riqueza material y espiritual en todo el mundo. En Marx el factor primario que desenvuelve y desarrolla la luchas de clases antagonica es un hecho

material, práctico, la imposibilidad del capitalismo de hacer frente a las crecientes demandas del pueblo, debido al estancamiento de las modernas fuerzas productivas y la contradicción entre la apropiación privada y la creciente socialización de la producción.

Deng, por tanto, recoge también las apreciaciones de Mao en *Acerca de la práctica* y reafirma la conclusión de que el conocimiento tanto de las masas como de los individuos no proviene de los libros, sino de la práctica. El origen de todo proceso histórico es la práctica, desde el inicio de la humanidad. Es a través de la práctica que se adquieren los primeros conocimientos teóricos y estos al aplicarse nuevamente a la práctica, se rectifican y desarrollan. Eso no quiere decir en absoluto que la teoría no juegue el papel fundamental en determinadas ocasiones. Simplemente, que el criterio de la verdad es la práctica, y sin partir de la práctica para volver a la práctica, la teoría es un simple entretenimiento metafísico.

Por ello Deng lanza la frase posteriormente manipulada por la dictadura mediática occidental, «no importa el color del gato, lo que importa es que cace ratones»: comprende perfectamente que las masas chinas no apoyarán al socialismo a través de grandes proclamas patrióticas y comunistas, mientras se mantengan en la miseria, el estancamiento y la escasez. Deng llega a la conclusión que es mucho peor mantener el campo ocioso con comunas inoperantes en las que todo el mundo «come de una olla común», con una bajísima productividad, que llevar a cabo contratos de responsabilidad familiar con derecho a vender directamente una parte del producto, para solucionar el problema crónico del hambre en China, donde aún a finales de los sesenta había personas en las comunas campesinas que se alimentaban de yerbas en épocas de hambruna.

Que dicha reforma ha sido progresista y revolucionaria lo determinan los hechos: 400 millones de personas han dejado el hambre y la miseria en 30 años, caso único en la historia reconocido incluso por las instituciones y especialistas internacionales, no así por Chesnais.

Las otras tres modernizaciones de las que el campo ha ocupado el papel inicial han operado las mismas consecuencias positivas. Las reformas

de Deng Xiaoping no pueden ser asemejadas con las de Margaret Thatcher. La reforma de Deng sirvió al pueblo y la de Thatcher a los monopolios imperialistas británicos.

Es en esta sociedad en la que cualquier eventual crisis de sobreproducción mundial estallará.

La crisis actual en el conjunto de países imperialistas, sobre la base de la expoliación del tercer mundo empobrecido, sólo puede ser considerada de sobreproducción en la medida que existe una enorme población sin acceso a los productos. Es principalmente una crisis especulativa de creación de una enorme cantidad de capital ficticio. El carácter sistémico de la actual crisis consiste precisamente en que, como advertía Marx, el capitalismo llega a un punto en que no puede continuar el desarrollo de las fuerzas productivas que la población demanda. Por tanto, necesita para continuar el proceso de acumulación la especulación generalizada, la sobrevalorización de los productos (incluidos los financieros), el robo masivo a la población mediante el crédito-usura, la apropiación directa de sus ahorros y todos los mecanismos que son ajenos a la voluntad particular de los ciudadanos y se afianzan bajo el control absoluto de las oligarquías monopolistas.

Es importante tener en cuenta que el aspecto esencial de la actual crisis imperialista es la imposibilidad de desarrollar las fuerzas productivas en la medida que la población demanda, porque hoy en el mundo globalizado no se puede ocultar que hay una mayoría del mundo que no se beneficia de los adelantos científicos y técnicos que configuran las posibilidades de desarrollo. Tampoco se puede ocultar que cada vez es mayor la redistribución a favor de los monopolios de la riqueza creada por los trabajadores. Otra cosa es que mientras el movimiento comunista en Occidente siga atrofiado y sometido a ideas políticamente reaccionarias y teóricamente antimarxistas, el capitalismo en los países imperialistas puede perdurar durante largo tiempo. Hasta que se creen en cada país partidos comunistas reales.

A diferencia de ello, la mejor prueba del carácter socialista de China, es ser capaz en una situación de crisis global, de restricción del crédito y la inversión en los países capitalistas, de mantener el crecimiento y el desarrollo de la

ciencia y la tecnología como aspectos esenciales de las fuerzas productivas nacionales, con los bancos estatales sirviendo de motor permanente al beneficio popular (1,5 billones de euros concedieron en créditos y casi 1 billón de euros en inversiones múltiples para aumentar la demanda interna en 2009), al consumo y al crecimiento de su ahorro en vez de la apropiación privada de la riqueza colectiva.

El Asia industrializada (economías enteras como las de Corea o Taiwán, o los grandes polos industriales de China y la India) aseguró una longevidad suplementaria a la larga fase de acumulación sin ruptura. Pero contradictoriamente, y debido a las condiciones en que funciona la economía mundial, sembró algunos gérmenes de la crisis actual. La plena integración de China a la economía mundial y también la de la India, tuvieron como efecto poner en competencia directa a los trabajadores de todo el mundo.

Culpar a China de los problemas de los trabajadores occidentales es la clásica coletilla.

«Los trabajadores de todo el mundo» no están en competencia directa debido a la integración de China en la economía mundial. Al caer en ese reduccionismo, Chesnais viene a sumarse al coro de empresarios y políticos monopolistas que culpan siempre a los salarios como causa de la inflación y nunca a sus exorbitantes ganancias empresariales. Desde el 2002 hasta este año el mayor exportador mundial ha sido Alemania, precisamente uno de los países en los que los trabajadores han conseguido históricamente las mejores condiciones laborales, lo cual demuestra que la tecnología y la ciencia son básicas para el aumento productivo y por tanto para mantener el crecimiento.

Por otro lado, ¿qué habrían de hacer los trabajadores de China e India para evitar «perjudicar» a los trabajadores occidentales con lo que Chesnais llama su «competencia directa»? Sólo habría dos formas. Una sería ganar los mismos sueldos, tener las mismas prestaciones sociales, pagar los mismos precios, tener las mismas materias primas en las mismas condiciones, tener la misma forma de vida, trabajar la misma cantidad de horas, tener el mismo ritmo de trabajo, usar la misma tecnología y lo que es más importante, tener la misma historia de desarrollo económico y social. La otra opción



sería cerrarse en su país, sin comerciar con los demás. Es evidente que las dos opciones son no sólo absurdas sino imposibles.

Pero además, Chesnais que habla con frecuencia de las materias baratas exportadas por China no tiene en cuenta algo muy importante. ¿Por qué siempre se habla de las exportaciones de China y nunca del carácter de sus importaciones? ¿Cómo es que China puede poner en peligro el nivel de vida de los trabajadores occidentales cuando China ha sido hasta ahora el principal importador de aviones y de productos de alta gama de tecnología diversa de los países occidentales?

El mercado chino ha supuesto grandes beneficios para los países y empresas de Occidente y para la estabilidad y mejora laboral de sus trabajadores, comprando productos de gran valor añadido de, por ejemplo, Alemania. Ese país ha sido durante casi una década el mayor exportador mundial. Sin embargo, los obreros alemanes se encuentran en mayores dificultades en la actualidad. ¿No será que el problema no radica en la competencia de los trabajadores chinos, sino en la apropiación de plusvalías de su propia clase dominante en Alemania y de su sistema financiero privado? Pero Chesnais no plantea la cuestión de forma correcta, demostrando que es responsabilidad de los propios gobernantes, empresarios, partidos y pueblos que los mantienen en el poder.

En muchos sectores industriales, los precios de los «bienes salarios» de origen industrial cayeron tanto que las empresas enfrentaron una situación casi deflacionista y fueron «acogotadas» (y con ellas sus asalariados). En Alemania el efecto depresivo del estancamiento e incluso la baja de los salarios reales en la demanda y la actividad económica interna terminó siendo compensado por el aumento de las exportaciones.

Los «pobres» empresarios alemanes fueron «acogotados» por la deflación originada por «la competencia de los trabajadores» chinos e indios que exportan «materias baratas», menos mal que al final «terminó siendo compensado por el aumento de las exportaciones». Pero Chesnais continúa ignorando el carácter de las exportaciones alemanas a China de alto valor agregado a diferencia de las de China a Alemania. No se puede hablar sólo del valor total de exportaciones e importaciones.

Hasta mediados de la década de los años 2000, en las principales ciudades de China, la marca Volkswagen era la más vista en los vehículos de motor. Sólo es ahora cuando China está comenzando a exportar productos de alta tecnología. Concretamente casi todos los aviones de vuelos comerciales chinos han sido importados de los países que han sido «acogotados» según Chesnais por la nociva competencia de los trabajadores chinos fabricando camisetas. Aviones y coches contra camisetas y zapatos. Esa podría ser simplificando, quizá burdamente, la realidad hasta hace poco del comercio exterior chino. Una realidad que es evidente que está cambiando en la medida que China comienza a crear tecnología punta y comienza a hacerla productiva.

En otros, fue al endeudamiento o a las medidas fiscales a las que recurrieron los gobiernos para sostener el empleo. El resultado fue en gran medida insignificante debido a la magnitud de las importaciones. Las medidas aplicadas alentaron sobre todo el alza artificial de los activos financieros y patrimoniales que actualmente termina.

¡Pobres gobiernos imperialistas que tuvieron que recurrir al endeudamiento para salvar el empleo de sus trabajadores! Pero claro, no pudieron hacer nada porque las importaciones procedentes de China se lo impidieron. De lo cual se concluye, los enemigos de los trabajadores occidentales no son su clase monopolista que posibilita su explotación y saqueo, sino los implacables trabajadores chinos sometidos por su gobierno que están en competencia con ellos.

Pero poner en competencia directa a los trabajadores tuvo también repercusiones muy importantes en la esfera financiera, especialmente con la baja de las tasas de interés a largo plazo. Michel Aglietta dice que nació un «régimen financiero con tendencia deflacionista», que condujo al aumento de las inversiones especulativas. Los fondos de colocación financiera, pero también los bancos, se lanzaron en una fuga hacia adelante en operaciones cada vez más arriesgadas con activos cada vez más «opacos», es decir ficticios.

Es decir, no sólo la competencia de los trabajadores chinos es el origen de los problemas de los trabajadores occidentales y de sus empresas. También, según Chesnais es el origen del aumento de las inversiones especulativas, de la creación masiva de capital ficticio. La incapacidad y apropiación privada de los monopolis-

tas no fue la causa de la especulación. Según el planteamiento de Chesnais, si no hubiera tenido lugar la «competencia directa de los trabajadores» (chinos, que cobran muy poco y son obligados a trabajar muchísimo) el aumento de las inversiones especulativas de los monopolistas no habría tenido lugar.

Lo que se ha llamado la «crisis asiática», desarrollada entre junio de 1997 y los primeros meses de 1998, tocó fuertemente a siete economías y tuvo efectos en muchos otros países.

Como he expuesto antes, Chesnais aquí vuelve a no considerar un hecho importantísimo que él no tiene en cuenta para nada. Y aquí no se trata de un error de apreciación sobre si habrá crisis o no en un futuro, sino de un acontecimiento que ocurre 10 años antes, por lo que hay que deducir que en ello hay nuevamente prejuicios que distorsionan la realidad para no tener que reconocer el carácter socialista de China y el control soberano de su estado sobre la economía nacional.

Me refiero al hecho de que a pesar de la virulencia de la crisis asiática promovida por los especuladores como George Soros, retirando masivamente fondos en Asia, sobre todo de los famosos países «tigres» en un intento último de desestabilizar el sistema financiero chino. Ello tuvo graves repercusiones en países que hubieron de devaluar la moneda en grandes proporciones, llevándolos al borde de la bancarrota, y sin embargo China fue afectada en pequeña medida, permaneciendo su moneda y su sistema financiero firme y estable.

El economista jefe de Morgan Stanley, Stephen Roach reconoció en 2002:

La economía de China tiene suficiente potencial de crecimiento para sostenerse a sí misma, y ha superado dos veces en los últimos cuatro años importantes choques externos (la crisis asiática y la recesión mundial de 2001). Durante la crisis asiática, pocas personas creían que China podría resistir, pero el país casi no retrocedió y mostró una fuerza extraordinaria para disipar las preocupaciones. China ha demostrado una vez más que tiene la determinación y la capacidad para soportar duras presiones externas

Es evidente que Roach, economista de una de las más importantes entidades financieras de Occidente no puede explicar la raíz última de por

qué ese aparente «milagro» que permite a China salir victoriosa de todas las confrontaciones que sufre (y no «actitudes conciliadoras» en palabras de Chesnais), pero Chesnais sí debiera hacerlo. En realidad, el economista de Morgan Stanley es más agudo que Chesnais, pues reconoce que China tuvo que «soportar presiones externas», mientras que para Chesnais, China es quien realiza las presiones que originan la crisis actual mediante la explotación y la competencia de sus trabajadores.

Las circunstancias de las que se valió el capital especulativo imperialista para su ataque, que tan graves repercusiones tuvo en las economías de los llamados tigres asiáticos (Hong Kong, Taiwan, Singapur y Corea del sur) y Tailandia, fue fundamentalmente la libertad de flujo de capitales en dichas economías. Sin embargo el estado chino, aún hoy, mantiene el control de su sistema financiero. En concreto, aún hoy, es imposible para un extranjero invertir en Fondos de Inversiones chinos, sólo es posible hacerlo en el sistema B (de acciones) pero no se pueden realizar retiradas de fondos desde fuera del país, hay que hacerlo personalmente en China, las entidades financieras extranjeras tienen limitaciones estrictas en el mercado chino, etc.

A diferencia de Japón que aceptó la reevaluación de su moneda dictada por los monopolios estadounidenses para frenar su competitividad en el mercado USA, China ha mantenido la estabilidad de su moneda y tiende a la liberalización progresiva de las fluctuaciones de su valor en el mercado internacional en función del desarrollo e intereses nacionales de su economía y no de las pretensiones imperialistas ni de sus fluctuaciones especulativas.

Hay también otro motivo político del ataque que provocó la «crisis asiática» que tampoco el economista de Morgan Stanley puede decir, pero que sí debiera hacerlo el marxista Chesnais.

El 1 de julio de 1997, el comienzo de la reunificación de China deja de ser una proclama propagandística para convertirse en realidad. Margaret Thatcher tuvo que aceptar el ultimátum de Deng Xiaoping que le había amenazado con ejecutar la reunificación unilateral y el 1 de julio el Ejército Popular de Liberación de China es recibido en Hong Kong por el clamor de sus ciudadanos, una vez entregada por el ejército británico la soberanía a China.



Por tanto, julio de 1997 no solo es la fecha del repentino ataque especulativo del capital imperialista que provoca la crisis asiática, sino también de la incorporación de Hong Kong a China, algo que Chesnais no tiene en consideración. Los dos acontecimientos se producen no sólo el mismo año, también en el mismo mes de julio de 1997.

En realidad, la crisis asiática de los imperialistas intenta desestabilizar Hong Kong y Taiwan, dos de los «tigres asiáticos» que junto con Macao son territorios que China recupera, ejerciendo una advertencia en forma de chantaje a la reunificación con la parte continental socialista e intentando de esa manera extender el desconcierto dentro de la República Popular China.

El «modelo de crecimiento» de China es del llamado «arrastrado por las exportaciones». Más del 40% del producto interior bruto chino depende de sus exportaciones. Después del 2005 las exportaciones netas representan la tercera parte del crecimiento chino. Los Estados Unidos son el principal mercado de China. Se estima que el grupo de distribución Wal-Mart, que posee una red densa de tercerización en China, asegura cerca del 10% de las ventas chinas en el exterior, la mayor parte a los Estados Unidos. China buscará compensar la desaceleración de la demanda norteamericana volviéndose hacia otros mercados, pero puede llegar el momento en el que, como ocurrió con Corea en octubre de 1997, los efectos de la sobre acumulación se transformen en factor inmediato de propagación internacional de la crisis.

En primer lugar es bastante errónea la concepción que Chesnais tiene del modelo de crecimiento de China como «arrastrado por las exportaciones» de productos creados gracias a la tecnología extranjera.

Los propagandistas monopolistas de Occidente han repetido ya en demasiadas ocasiones la idea de que China es una paraíso colonizado por los inversores imperialistas, que a través de explotar intensivamente una mano de obra barata con la colaboración de un gobierno corrupto, exporta en realidad productos que no le pertenecen y gracias a eso pueden medio comer. Esa concepción es completamente falsa, y enormemente contradictoria porque, entre otras cosas, no se puede entender que un supuesto gobierno corrupto

y colaboracionista pueda ser objeto de tantas agresiones e intentos de subversión por parte de la «potencia colonial».

El actual crecimiento de China se basa en primer lugar en la reforma del sector primario, de la agricultura. Ninguna reforma, ni desarrollo, ni crecimiento podría haber tenido lugar en la industria y mucho menos en el sector terciario, si el estado no hubiese asegurado la subsistencia física de la población. Algo que puede parecer normal, pero que no lo era en absoluto en el caso de la China de la década de los 70.

En aquellas fechas China poseía casi el 25% de la población mundial y sólo el 7% del terreno cultivable. Los medios de producción mecanizados modernos en el campo aún eran excepciones que confirmaban una situación general de atraso. El antimarxista igualitarismo de «comer todos de una olla común» de la «revolución cultural» fomentaba la pasividad, la burocracia estéril y una pésima productividad. El hambre aún era una realidad para más de la mitad de la población campesina. Tengo testimonios de jóvenes chinos universitarios actuales en Beijing becados por el estado socialista, cuyos padres en aquella época hubieron de alimentarse con yerbas en muchas ocasiones.

Esa era la base de partida de la primera reforma acometida por Deng que crea la base de un modelo de crecimiento propio, independiente y jamás visto en la historia de la Humanidad, en la que un sector primario con enormes limitaciones y restricciones históricas, geográficas y demográficas, consigue sacar de la miseria, del hambre, a cientos de millones de personas en 30 años, con los propios esfuerzos, medios e inventivas (sin necesidad de «Wal-Mart campesinas» ni ONG occidentales «solidarias»), consiguiendo el «logro» de ser autosuficientes en la alimentación de la población.

En cuanto a los demás sectores productivos, es cierto que las exportaciones han tenido un papel importante en el crecimiento de China, pero ha sido un papel subsidiario que habría sido imposible sin la dirección política y el control macroeconómico del estado socialista. Las empresas extranjeras en China no han hecho ni hacen lo que quieren. Esa es otra equivocación que subyace en el planteamiento de Chesnais y que es necesario rebatir. No solamente el sector



financiero está controlado por el Estado, como he explicado antes y como demuestran los hechos actuales de gran capitalización de las entidades financieras chinas.

Concretamente, los dirigentes de Volkswagen en China han reiterado en diversas ocasiones que el estado chino les obliga a mantener una plantilla en sus fábricas en China doble de la que realmente sería necesaria. En las fábricas de empresas extranjeras en China existen sindicatos y comités del Partido Comunista que controlan y supervisan todos los aspectos esenciales de la relación laboral. A pesar de ese peaje que las multinacionales han de pagar por estar en China, los dirigentes de Volkswagen como los de otras empresas extranjeras han de aceptar tales condiciones debido al enorme mercado que supone 1.300 millones de personas. Estar en China además tiene límites de caducidad. Todos los permisos de permanencia de las empresas extranjeras, tienen un máximo de 40 años sobre la base del respeto escrupulosos a la legalidad china. El límite de temporalidad de permanencia de las empresas extranjeras en China coincide en general en ser anterior a la fase que Deng Xiaoping calculó que China saldrá de la fase primaria del socialismo para entrar en la fase de socialismo más desarrollado, año 2050.

Además, las exportaciones chinas no tienen la cuantía proporcional respecto al PIB que indica Chesnais. Según Chesnais las exportaciones de China en 2005 suponen «más de un 40% del PIB». Sin embargo, en el año de referencia que él plantea, 2005, el PIB fue de 2,27 billones \$, y las exportaciones de China fueron 762.000 millones de \$, lo que significa un 33% del PIB. Pero además la proporción de las exportaciones en el PIB chino han decrecido en los últimos años. En el año pasado, 2009, el PIB de China llegó a 4,91 billones \$ y las exportaciones han sido de 1,2 \$, es decir un 24% del PIB.

La reducción en el último año de las exportaciones en el conjunto del PIB chino a pesar de que en 2009 ha tenido lugar un crecimiento del 8,7% de la economía china, significa que ha tenido un gran éxito el enorme trabajo de los últimos años del gobierno para impulsar la demanda interna y compensar así la caída de las exportaciones debido a la crisis de los países imperialistas.

Por tanto Chesnais vuelve a equivocarse en sus pronósticos cuando indica que «puede llegar el momento en el que, como ocurrió con Corea en octubre de 1997, los efectos de la sobre acumulación se transformen en factor inmediato de propagación internacional de la crisis».

O sea, a comienzos de 2007, con todas las alarmas encendidas que anuncian la crisis, la niega, y cuando en 2008 China crea un enorme plan de estímulo de inversiones y crédito para estimular su demanda interna y mantener así el crecimiento independiente a la crisis imperialista, resulta que es un «factor inmediato de propagación internacional de la crisis». Todo al revés.

La anarquía de la competencia inherente al capitalismo, uno de cuyos efectos clásicos es la sobre acumulación, en China está también alimentado por las rivalidades entre los aparatos políticos de las ciudades grandes o muy grandes y de las provincias, así como por la corrupción. Los bancos, que las autoridades controlan con mucha dificultad, alimentan las inversiones con créditos y a pesar del anuncio de que el monto de las acreencias bancarias dudosas disminuyó, una crisis del sistema bancario es posible en cualquier momento.

Desolador panorama nos describe Chesnais. Anarquía de la competencia, rivalidades entre diferentes partidos («aparatos») políticos y bancos autónomos en crisis: es realmente lo que los imperialistas desearían en el mercado chino, pero Chesnais confunde la realidad. La emulación competitiva es propia de la fase socialista de desarrollo. El criterio de distribución en la fase socialista es «a cada cual según su trabajo». Evidentemente ese criterio de Marx es un factor que estimula la competencia. Pero la competencia como todos los aspectos de la vida no es negativa por definición, ni es sinónimo de crack financiero. Cuando la competencia está regulada por el estado socialista dentro del marco de la ley contribuye a la emancipación de la sociedad y, en China, elimina la pasividad y la inercia del anterior sistema social, el feudalismo.

Pero es muy extraño que un economista pueda hacer afirmaciones tan temerarias sobre las posibilidades de un crack de los bancos estatales chinos, cuando en realidad se está produciendo un proceso inverso al que él manifiesta.



En 2006, los bancos estadounidenses Citigroup y Bank of America ocupan los primeros lugares con \$240.000 millones, y \$210.000 millones respectivamente en un *ranking* de las 20 entidades más capitalizadas a nivel mundial. Hay 7 de USA, 3 del Reino Unido, 3 de Japón, entre otras. No aparece ningún banco de China.

En 2007, es decir, antes de que Chesnais escriba su libro que estamos comentando, los dos bancos estadounidenses mantienen las dos primeras posiciones, pero se produce un cambio espectacular: aparecen en el *ranking* tres entidades de China, el Banco Comercial e Industrial, el Banco de China y el Banco de la Construcción de China, ocupando los puestos 3º, 6º y 7º, con \$225.000 millones, \$165.000 millones y \$130.000 millones respectivamente. Este hecho que se supone Chesnais debió conocer en tiempo real (para eso es economista) ya por sí sólo debiera haber servido para que se mostrara prudente antes de aventurar la posibilidad de un escenario catastrófico en el sistema financiero de China.

En 2008, los bancos chinos continúan su ascenso imparable. La primera posición es para el Banco Comercial e Industrial de China con \$280.000 millones, el Banco de la Construcción de China pasa al 3º lugar con \$175.000 millones, el Banco de China pasa al 5º lugar con \$160.000 millones, y aparecen dos nuevos bancos chinos en el *ranking* de 20, el Banco Mercantil de China en el puesto 18º con \$65.000 millones y el Banco de Comunicaciones de China en el puesto 19º con \$63.000 millones.

Y en 2009, los bancos chinos toman la hegemonía en cuanto a capitalización. El Banco Industrial y Comercial de China, el Banco de la Construcción de China y el Banco de China ocupan las tres primeras posiciones, a gran distancia del resto, y el Banco de Comunicaciones de China y el Banco Mercantil de China ocupan la posición 10º y 12º respectivamente, desapareciendo del *ranking* la mayoría de los bancos de USA, Japón y Reino Unido.

En realidad, las predicciones catastrofistas de Chesnais sobre el sistema financiero de China no son suyas, sino de Alan Greenspan, el «libertario» (como él mismo se autodenominaba por ser contrario radical a cualquier intervención del estado y partidario de la libertad económica

absoluta de los monopolios) ex patriarca de la Reserva Federal USA que un año antes del crack en el sistema imperialista anunciaba la posibilidad de un crack en el sistema financiero chino, confundiendo las restricciones del gobierno chino en las bolsas de Shenzen y Shangai para evitar la burbuja de fluctuaciones especulativas, con la salud y capacidad financiera de los bancos chinos.

Y como no podía ser menos, Chesnais termina con un alegato a los derechos humanos de tipo occidental y una advertencia «solidaria» a los países pobres, que al igual que los trabajadores occidentales, sufren la «competencia de los trabajadores chinos» y su gobierno que los «explota». Todo un cuadro perfecto para intentar aislar a China de sus aliados naturales en el mundo:

Más allá de la nueva «clase media» beneficiada por las repercusiones de la integración de China a la economía mundial, esto supondría cambios relativos a la libertad de organización política, el derecho de los asalariados a construir sindicatos independientes y defender sus reivindicaciones mediante huelgas...- Para completar la valoración del lugar de China en la red mundial de mecanismos potenciales de propagación de crisis se debería incluir sus relaciones con los países vecinos de Asia. Los países que proveen a China los productos de base y los productos alimenticios que requiere, sólo serían afectados si entrara en recesión y crisis abierta de sobre acumulación. No ocurre lo mismo con los países que producen el mismo tipo de productos, por ejemplo textiles. Ellos, por ejemplo Túnez y Marruecos, sufren ya de lleno la competencia de China. Incluso una contracción limitada de la capacidad de los Estados Unidos y de la Unión Europea para recibir las importaciones provenientes de China y otros países de Asia acentuará la presión de las mercancías asiáticas sobre ellos y agravará sus dificultades.

Escuchar a un marxista hacer un fetiche de la libertad de partidos burgueses, la ruptura de la clase obrera china con los sindicatos de clase del país para crear nuevos sindicatos en nombre de una supuesta «independencia» (¿de quién y respecto a quién?) es una contradicción antagónica. La dictadura del proletariado es intrínseca al socialismo científico. Marx lo repitió en muchas ocasiones. La libertad política incondicional y general es irreal en todo sistema social de clases, porque todo estado es en definitiva

una dictadura de las clases dominantes sobre las dominadas y es sólo una democracia para sí.

Las huelgas y manifestaciones existen en China y son más tenidas en cuenta incluso que en Occidente. Son necesarias cuando determinados individuos en las instituciones taponan y silencian la voluntad de justicia de las masas. Generalmente, en buena medida, los poderes del estado dan la razón a los huelguistas o manifestantes, e intervienen para reponer la legitimidad y justicia socialista y castigar ejemplarmente a los corruptos. Pero es inaceptable pretender que un estado socialista va a dotar legislativamente a quien lo desee del poder de subvertir el estado bajo los criterios del parlamentarismo burgués y de la eliminación de la dictadura democrática popular en China.

En cuanto a la referencia de Chesnais al supuesto daño que China hace a los países de África, la evidencia de los hechos es tozuda. El progresivo estrechamiento de las relaciones entre China y África se producen como un contrapunto evidente a las anteriores relaciones coloniales con las potencias imperialistas. China ha roto moldes, es un hecho reconocido por todos los dirigentes africanos. Su actuación no está limitada sólo a pujantes relaciones comerciales en plano más que de igualdad, como demuestra la casi desaparición de aranceles en muchos artículos en beneficio de África. También se expresa en importantes ayudas financieras con escaso o nulo interés, cancelación de deudas a los países más pobres, construcción de infraestructuras, urbanizaciones y servicios. Y todo ello sin las clásicas imposiciones políticas de las potencias imperialistas.

Además, Chesnais también se equivoca en el aspecto referido a los textiles. En la medida que China se desarrolla, su exportación y aportación a África es de mayor valor añadido, haciendo

cada vez más complementaria y menos contradictoria las relaciones comerciales entre los dos continentes.

En definitiva, el cambio de ciclo actual no es como indica Chesnais, la decadencia de una potencia capitalista (USA) en beneficio de una nueva potencia capitalista (China), sino la decadencia del imperialismo que ante las demandas populares no puede impulsar un superior modelo de crecimiento al actual, que libere las nuevas fuerzas productivas científicas y tecnológicas para hacer posible el bienestar de toda la población en armonía con la naturaleza y no enfrentados a ella. Ante esa impotencia del imperialismo, la emergencia pacífica de China como país socialista, liberada de los primarios y lógicos errores de las primeras experiencias, eleva el marxismo a un nuevo nivel.

Para decirlo en palabras de la reciente editorial del Diario del Pueblo «El despilfarro no puede ser la solución»:

Tal es el caso de EE.UU: Las metas de los intereses corporativos dominantes que controlan la dirección y la política del Gobierno no se avienen con las necesidades más amplias de la sociedad. Es obligación de todo gobierno proteger al ciudadano común y garantizar el interés público... No tiene mucho sentido prestar oídos a aquellos que no han tenido éxito en alcanzar ningún grado de desarrollo sostenible. Hacer caso a los banqueros que han puesto de rodillas a la economía mundial es un despropósito total... China tiene el propósito de liderar al mundo por un sendero de desarrollo diferente – un sendero en el cual los procesos industriales lineales del pasado se conviertan en una economía circular que emule con los procesos de los sistemas naturales que reciben su energía del sol, y que reciclen sus sustancias para procurar cubrir las necesidades de todos sus miembros... Para lograrlo, tiene poco sentido seguir los ejemplos fallidos y los consejos errados de quienes lo han intentado antes sin resultados positivos.

### Notas

1. <http://www.razonyrevolucion.org.ar/textos/elaromo/secciones/economia/aromo33chesnais.pdf>

2. <http://www.redem.buap.mx/docdiscusion/crisis/elfindeunciclo.pdf>

